

“La pregunta por la resurrección”
Sal. 148; Éx. 3:1-15; 2 Ts. 2:1-8, 13-17 ; Lc. 20:27-40

Hohenau.
Jesús.

Introducción

Ustedes conocen el programa de preguntas y respuestas, que sale por la televisión a la noche, ¿verdad? Hay personas que se anotan para participar, demostrando su conocimiento, destreza y paciencia. El ganador del certamen obtiene un premio. Así funciona. Nosotros los tele-espectadores, nos sumamos al juego sugiriendo alguna respuesta, escogiendo de entre las opciones que los participantes también deben elegir correctamente para seguir en juego.

La pregunta por la resurrección

Algo parecido sucedió el día de martes santo, durante la Semana Santa. Lo interesante, es que esta vez, al contrario de programa de televisión, había un solo participante, y eran varios los que hicieron las preguntas. Era Jesucristo al que le hicieron las preguntas, y eran varios los que vinieron trayendo su pregunta. Ese día, primero “llegaron los principales sacerdotes y los escribas, con los ancianos, y le hablaron diciendo: Dinos: ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿o quién es el que te ha dado esta autoridad?” (Lc. 20:1-2). Mas tarde, ese mismo día, estos hombres, “enviaron espías que se simulasen justos, a fin de sorprenderle en alguna palabra, para entregarle al poder y autoridad del gobernador... Y le preguntaron... ¿Nos es lícito dar tributo a César, o no?” (Lc. 20:21a, 22).

Finalmente, la tercera pregunta que le hicieron a Jesús ese día, provenía de “los saduceos, los cuales niegan haber resurrección, [y] le preguntaron, diciendo: Maestro, Moisés nos escribió: Si el hermano de alguno muere teniendo mujer, y no deja hijos, que su hermano se case con ella, y levante descendencia a su hermano. Hubo, pues, siete hermanos; y el primero tomó esposa, y murió sin hijos. Y la tomó el segundo, el cual también murió sin hijos. La tomó el tercero, y así todos los siete, y murieron sin dejar descendencia. Finalmente murió también la mujer. En la resurrección, pues, ¿de cuál de ellos será mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer?” (Lc. 20:27-33).

Hermanos, les pregunto: ¿Qué respuesta darían ustedes? Suponiendo que no supiéramos la respuesta que Jesús ha dado, ¿qué le responderían a los saduceos, a los que no creen en la resurrección de los muertos? He aquí la gran pregunta de los saduceos: “¿de cuál de ellos será mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer?”

Cuando las personas les hacen preguntas, ustedes pueden notar, si es hecha con buena intención, como queriendo aprender, o si tal vez es hecha de mala manera, para sembrar más dudas que certezas, para dificultar o trabar las cosas, en lugar de permitir que las cosas avancen. Bueno, la pregunta de los saduceos es de esta última clase, el de las preguntas capciosas.

Una pregunta capciosa es aquella que se hace “para arrancar al contrincante o interlocutor una respuesta que pueda comprometerlo, o que favorezca propósitos de quien la formula” (Dicc. RAE). Es decir, hablando en criollo, es una pregunta para hacer a uno “pisar el palito”. No tiene sana intención, no es una pregunta sincera, sino que busca aplastar y humillar al otro. ¿Le has hecho alguna vez a alguien esta clase de preguntas, las preguntas capciosas?

Déjame decirte que no es nada gracioso que te hagan una pregunta así. Vos sabés muy bien qué se pretende con una pregunta así: destruir la honra, la reputación, el buen nombre del otro. Es un pecado contra el 8 Mandamiento. Podríamos decir: “No dirás falsas preguntas a tu prójimo”. Intentas con ello favorecer tu propia postura, y rebajar al otro.

La vida cristiana no se trata de un concurso de preguntas y respuestas, donde la intención es humillar al que no conoce de la Biblia, o de la doctrina, o de nuestra fe. Tener una Biblia bajo el brazo no es garantía de que seas un cristiano. Porque son varios por ahí que tienen la

Biblia y que sin embargo no tienen la fe verdadera en su corazón. Son pura cáscara, como los saduceos. Por su mucha erudición, su gran inteligencia, y su espléndida lógica se creen tan sabios, cuando en verdad nada saben, nada ven, nada sienten, porque en realidad creen más en su propia lógica, en su propia razón, que en la verdad de la Palabra de Dios. Hacen del razonamiento un ídolo, de la lógica un templo, y de la astucia malvada una herramienta.

Es como dice 2 Tesalonicenses, que “el hombre de pecado, el hijo de perdición” (esto es, la persona del anticristo)... se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Ts. 2:3-4). Es decir, el anticristo inventa su propia doctrina, su propia teología, mostrándola como si fuera de Dios, pero en verdad es una enseñanza anticristiana, y entre ellas está la que niega la resurrección física y corporal de Cristo, y en su lugar inventa la herejía de la reencarnación, o de una supuesta resurrección mística, o espiritual, pero no física de Jesucristo.

Ese Cristo místico, gnóstico, masónico, es el Cristo del movimiento de la Nueva Era. Parece nuestro Jesús, pero no lo es. “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos”, Jesucristo nuestro Señor.

Con la pregunta capciosa, los saduceos quieren resaltar su propia doctrina, de que no existe la resurrección de entre los muertos. Y formularon una historia sin sentido, ridícula, aunque con cierta lógica, para intentar aplastar a Jesús y humillarlo delante de la gente, para que dijeran: solo es un charlatán más. Pero veamos qué pasó a continuación.

La resurrección

“Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Los hijos de este tiempo presente se casan, y se dan en casamiento; mas los que sean tenidos por dignos de alcanzar aquel tiempo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento. Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección” (Lc. 20:34-36).

Las personas en este mundo se casan, dice Cristo, pero en el cielo ya no será necesario casarse. Así como los ángeles no se casan (por esa razón sabemos que no tienen relaciones sexuales entre ellos, ni con seres humanos), así tampoco habrá casamiento en el cielo. Porque el matrimonio, fue instituido en el jardín del Edén, en el libro del Génesis (2:24), para cumplido su propósito aquí en la tierra: el propósito de la vida en amor conyugal, de fidelidad y trato respetuoso del hombre a la mujer y viceversa, de engendrar hijos, cuidarlos, llevarlos a la escuela, enseñarles a vivir de una manera sana, de acuerdo a los Diez Mandamientos, ayudarles a descubrir su vocación y propósito en la vida, y sobre todas las cosas, haciendo que los hijos puedan oír la Palabra de Dios, ser bautizados, ser miembros comulgantes, para que sepan y crean de que a pesar del pecado, de sus pecados, tienen un Dios en el cielo que se llama “Padre celestial”, que los ama inmensamente, y que dio a su Hijo Jesucristo, también verdadera Dios, que encarnado en el seno de la virgen María, fue hecho hombre, para morir en nuestro lugar en la cruz, pagando así por todos nuestros pecados; que al tercer día resucitó vencedor de entre los muertos, que venció por su muerte y resurrección al diablo, el pecado y la muerte eterna, y que subió al cielo e intercede por nosotros ante el Padre celestial; y que ha enviado su Espíritu Santo, a nosotros, mediante la predicación y enseñanza de la Palabra de Dios, la Biblia, y también mediante el Bautismo y la Santa Cena, para que seamos hijos de Dios, y miembros de la familia de Dios, la Iglesia cristiana; que Él nos consuela y anima en medio del sufrimiento de la vida presente, y nos da la certeza de la fe, la seguridad de que nada ni nadie nos podrá separar de su amor infinito. Y que un día, cuando Jesucristo venga otra vez a buscarnos, nos resucitará con todos los muertos, y me dará a mí, y a todos los creyentes, la vida eterna. Esto es ciertamente la verdad.

Les pregunto: ¿crees esto? Sí, creo esto, que es la verdad más maravillosa, la verdad eterna y sublime del evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Y por la gracia de nuestro buen Dios permaneceremos firmes en esta gran verdad hasta que él vuelva a buscarnos. ¿Crees en la muerte y la resurrección física de Jesús de entre los muertos, de que al tercer día volvió a la vida y se levantó de la tumba y que salió vivo del sepulcro donde lo habían colocado el viernes santo? Sí, creo esto, creo en la resurrección física de Jesucristo de entre los muertos. Y por la fe en la resurrección, Cristo nos llama, a su vez, en el texto bíblico, que somos “hijos de la resurrección”.

Lástima por los saduceos, ellos no son llamados por Jesús “hijos de la resurrección”. Ellos no podrán disfrutar de la resurrección para la vida eterna, porque no tienen fe en las palabras que Jesús les dice, cuando les recuerda a Moisés, que había escuchado mucho tiempo atrás cómo Dios se le había revelado, diciéndole: “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob” (Éx. 3:6).

Sin embargo, a nosotros, los que creemos en la resurrección de los muertos, esta ciertamente es una gran esperanza. Tan grande, que sin la muerte y resurrección de Jesús, no puede existir la fe cristiana. La fe del cristiano depende, está sujeta, aferrada, a la propia muerte y resurrección de Cristo, porque ella es la seguridad, la garantía de nuestra propia resurrección para vida eterna.

El apóstol Pablo nos enseña en la primera carta a los Corintios lo siguiente, en el capítulo 15: 1 “Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; 2 por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. 3 Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; 4 y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; 5 y que apareció a Cefas, y después a los doce. 6 Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. 7 Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; 8 y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí... 14 Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe... 20 Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho.” Y como señaló el Señor a los saduceos, “Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven” (Lc. 20:38). Amén.